













# ARCÓN de SecRetos

## Vestimentas y Accesorios



# ARCÓN de SecRetos

## Vestimentas y Accesorios

Ilustraciones de YUREX OMAZKIN



Copyright© EDICIONES PEQUEÑO INFIERNO FLORIDO, 2021  
Basalto 56, col. Pedregal de Santo Domingo, Coyoacán,  
04100, Ciudad de México, México.  
www.edpequeñoinfernoflorido.com.mx

## CRÉDITOS EDITORIALES

Coordinación editorial  
GABRIELA MORALES CAMPOS

Editor en jefe  
MARCIAL MUÑOZ CORONA

Redacción  
ANA GABRIELA  
MATAMOROS OLYMPIA  
RAMÍREZ ADVERTENCIA  
EDITORIAL MARÍA BELÉN  
RODRÍGUEZ

Paratextos  
JOSALATH RODRÍGUEZ  
HERNÁNDEZ

Presentación  
MARCIAL MUÑOZ CORONA

Imagen de portada/ ilustraciones  
© YUREX OMAZKIN

Diseño de cubierta e interiores  
SOLEDAD MIRAVANTI

ISBN: 1234567891011  
Depósito legal: 12345678910  
Impreso en México

Traducción del cuento “El reloj de oro”  
JULIETA HAIDAR

Análisis de mercado  
ANDREA ARABELLA RAMÍREZ MORALES  
BENJAMÍN RODRÍGUEZ

Formación de archivo  
ULISES MENDOZA  
GUZMÁN  
PATRICIA LIZBETH SALAS FLORES

Corrección de estilo  
PATRICIA LIZBETH SALAS  
FLORES MARÍA BELÉN  
RODRÍGUEZ

Se autoriza la reproducción de este libro total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal, sin fines de lucro, se cite al autor y a los editores.

Primera edición: 2021

Cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infier-  
no florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire.

*Julio Cortázar*



## Índice

Presentación	14
ADVERTENCIA EDITORIAL	16
Mi BASTÓN	21
No Deje Que Me Lleve	27
EL VESTIDO BLANCO	33
LA joven DEL ABRIGO LARGO	43
EL ENCAJE ROTO	49
EL ABANICO	59
Anteojos y PALOMAS	69
EL RELOJ DE ORO	79
EL baile DE MÁSCARA	95
EL VESTIDO BLANCO	109

## PRESENTACIÓN

En Arcón de secretos: la ropa y los accesorios conforman un todo de fantasía. Algunas veces sirven como escudo; otras, como una trinchera para protegernos, para ocultarnos de demonio; unas más, para anunciarles al mundo lo que queremos ser, es una manera de comunicación velada, un código de mensajes. Esta antología es un arcón, el repositorio antiguo de las prendas, abrir sus páginas es entrar al baúl y descubrir los secretos que celosamente guardan las cubiertas de madera de este libro.

El escudo-código no aparece de repente, se va construyendo. Esta antología da cuenta de ese proceso. Así, el primer paso, está en el cuento *Mi bastón* (1921). El bastón forma parte del personaje, sin embargo, no se ha mimetizado con él, aún es un ente externo. El personaje anhela vivir con él para ser testigo de todas las historias. “Las cosas sin alma están más cerca de la naturaleza que nosotros, los perpetuamente aturdidos con la barbullita mundanal, y tienen la ruda sinceridad de los seres infame forma social; antifaz hipócrita de todos los propósitos nefandos, de todos los intentos primitivos no encadenados a la infame forma social; antifaz hipócrita de todos los propósitos nefandos, de todos los intentos torcidos... *Mi bastón* sabe mucho”.

La prenda en *No deje que me lleve*, el segundo cuento de esta antología, desea con vehemencia ser parte de un personaje, de cubrir la función de ocultar o develar, pero no en cualquier persona, sino en aquella que la prenda decida.

En *El vestido blanco* (1898), la vestimenta adquiere todas sus funciones, se convierte en símbolo, está en la plenitud de su esen-

cia, navega por toda la vida. Es el prototipo de todas las prendas, en fin, es un vestido.

En este sendero aparece una bifurcación, un camino alterno, una realidad simultánea. Lo que no sucede con un vestido blanco, se transforma en un abrigo oscuro. No anuncia, esconde. Tal es el cuento, *La joven del abrigo largo* (1935).

De esta forma surge una prenda especial: el encaje en forma de velo, otro cruce en el destino del vestido blanco de la boda descubre lo que su reflejo amoroso ocultaba. Es el quinto cuento de esta antología, *El encaje* (1897).

En el orden de esta antología, tres cuentos se entrelazan para asegurar su lugar en el mundo de las vestimentas: “El abanico”, “El reloj de oro”, “Anteojos y palomas”. Estos accesorios son el aderezo de lo que se esconde y se muestra. El abanico es el vehículo del vestido blanco, el reloj es la evocación de la discordia, de la pertenencia a alguien. Los anteojos modifican la mirada de quien los usa, son el símbolo de la rutina que se ha hecho vieja, y ven la molestia en lo que otros, sin ellos, ven una dulce historia de amor.

Llega el turno de *El baile de máscara* (1854), el lugar donde todo es intencional, todos juegan con la prenda que se transforman en disfraz; es la revelación máxima de lo que las prendas y accesorios pueden hacer, es disfrute de ello, es la fascinación de lo que usa, es la seducción.

El fin ha llegado, el vestido blanco deja de tener corporeidad, deja de tener alma, deja de ser, es simplemente un vestido. El último cuento, *El vestido blanco* (1929).

Esta antología cuenta una historia con las historias de otros que a su vez son las de otros más. El lector entrará en un sendero curioso de leer las historias de otros.

Marcial Muñoz

## ADVERTENCIA EDITORIAL

Al abrir este arcón, el lector encontrará piezas con diferentes expresiones. Las piezas son los cuentos, pero también son las prendas que conforman un vestuario completo con un papel más complejo que sólo vestir. En cada una de las prendas, la función primigenia queda en segundo plano y da paso a un nuevo significado e interpretación. Al vestir, se abren a una comunicación extralingüística que el lector deberá deshilvanar en cada pieza y volver a construir en el conjunto del vestuario completo.

La forma, el color, la textura, los materiales con que están hechas estas prendas son elementos que las empujan a un peldaño más elevado que aquel de cubrir una necesidad básica: el vestido blanco de las niñas que evoca su inocencia y se mezcla con la figura de una novia y la idea de la maternidad, el abrigo largo que cubre y esconde, el reloj de oro que advierte el estatus social, un encaje rasgado que da pie a la ruptura, el abanico frágil que contrasta con el tesón de la joven, las máscaras que esconden y permiten actuar en el anonimato...

Vale decir que, salvo por “No deje que me lleve”, estos cuentos se enmarcan en un periodo que va de finales del siglo XIX hasta la primera mitad del siglo XX. Y a excepción de “El reloj de oro”, de J. M. Machado de Assis (publicado originalmente en portugués), estas prendas toman forma en español y en su mayoría fueron tejidas por manos mexicanas. Lo anterior es relevante para poner al lector en el contexto que predomina en la obra: una sociedad impregnada de religión y costumbres, que camina entre simbolismos y la interpretación de un mensaje escondido

que, irónicamente, la vestimenta expone al mundo.

Para dar mayor detalle al lector, al principio de cada cuento se incluye la semblanza del autor, así como una nota al pie con la información de ubicación de cada una de las versiones empleadas en esta antología. Cabe aclarar que en cada caso se buscó la versión más antigua disponible en medios electrónicos a través de internet debido a que esta antología se realizó en 2020, en medio de la pandemia por coronavirus que obligó a que bibliotecas y hemerotecas cerraran temporalmente, lo que imposibilitó ampliar las fuentes a las versiones físicas para aquellos cuentos no disponibles en versiones en línea.

Así, seis de las piezas de esta antología—“Mi bastón” de Amado Nervo, “El vestido blanco” de Manuel Gutiérrez Nájera, “La joven del abrigo largo” de Vicente Huidrobo, “El encaje roto” de Emilia Pardo Bazán, “El Reloj de oro” de Machado de Assis y “El baile de Máscara” de Manuel Payno—fueron tomados de periódicos y revistas, publicados en vida de los autores. En el caso de “Anteojos y palomas” de Luis G. Urbina, la que se incluye es una versión de editor, pero que fue publicada en vida del autor. Para “El vestido blanco” de Felisberto Hernández, se trata de una versión de editor, también publicada en vida del autor, incluida en *Libro sin tapas*, texto revisado por la Fundación Felisberto Hernández y Creative Commons Uruguay. Para “El abanico” de Vicente Riva Palacio, se tomó la versión incluida en *Cuentos del General*, libro que vio la luz en el último año de vida del autor y recopila sus piezas publicadas en periódicos. Sobre esto, resta sólo comentar el inédito “No deje que me lleve” de Omar Mijangos, versión que fue cotejada con el autor.

En esta antología se ha buscado presentar los textos lo más fiel a

las versiones consultadas, con ajustes mínimos en actualizaciones ortográficas y gramaticales, de acuerdo con las normas vigentes. En el caso del cuento de Machado de Assis, cabe aclarar que la traducción no estuvo a cargo de un traductor profesional, sino que contó con la colaboración de Julieta Haidar cuya lengua materna es el portugués, y el texto ya traducido al español fue editado y corregido por el equipo de editores a cargo de la antología.

Entre los ajustes de corrección realizados en esta edición está la actualización a la acentuación de algunas palabras como preposiciones y conjunciones a las que se les quitó el acento, ajustes a otras palabras como el adverbio aún, el verbo en pasado fue, o sustantivos como edredón originalmente escrito sin acento. En cuanto a la puntuación se agregaron signos de admiración e interrogación para aquellos en los que sólo se escribió el signo de cierre y se actualizó el uso de mayúscula al iniciar y después de cerrar estos signos; se cambió el uso de seis puntos suspensivos por su correspondiente actual de tres puntos; se sustituyeron los dos puntos que no anteceden enumeraciones ni consecuencias o conclusiones por punto y coma como separador de oraciones relacionadas y también se sustituyó el uso de dos puntos por coma para atender al uso correcto actual. Cabe mencionar un ajuste particular en “Anteojos y palomas”, pues se suprimió una “a acá” en el párrafo “*Desde entonces a acá han cesado...*” para dejarlo como “*Desde entonces han cesado...*”, por considerarse esta última la expresión que da más claridad al adverbio de tiempo. Otros cambios a mencionar son aquellos en lo que se unificó el estilo y se optó por usar “sólo” en lugar de “solo” cuando equivale a adverbio y el grupo consonántico *os* y no *obs* para oscuro.

En algunos textos se cambiaron palabras como “trasfiguradas” por “transfiguradas”, “muje” por “muge”, “preguntabanla” por “preguntábanle”, “darla” por “darle” y “delante” por la locución preposicional “delante de” por ser estas últimas más comunes en la actualidad y para mejor comprensión de los textos. Además, palabras como botón o edredón, originalmente escritas en itálicas, se cambiaron por redondillas, pues no es necesario destacarlas en itálicas debido a que su uso actual es común. Sin embargo, en algunos otros cuentos, se han respetado palabras y expresiones en desuso que el lector no tendrá problema en comprender y le aportarán a la experiencia de remontarse a una época pasada que le recordará que a pesar de ubicarse ahora en una sociedad diferente, la función de las prendas va más allá de un material textil que recubre el cuerpo y las expresiones de nuestra fisionomía.

El lector deberá ver los detalles de cada prenda, notar sus texturas y hacerla parte de su vestuario personal si así lo requiere.

Los editores

Amado NerVo. Escritor y periodista, nació en México en 1870, fue un distinguido representante del modernismo aunque en su obra se vislumbran también algunos rasgos del romanticismo y el naturalismo. Su producción literaria comprende textos de poesía entre los que destacan *Perlas negras* (1898), *Lira heroica* (1902); prosa poética *El éxodo y las flores del camino* (1902); crónica, textos periodísticos y ensayos literarios publicados principalmente en el periódico *El Imparcial*; novela *El Bachiller* (1895) y cuento. Murió en 1919 en Montevideo.

# Mi bastón

21

Amado Nervo, "Mi bastón", en *Cuentos y crónicas de Amado Nervo*. México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª edición, 1993, pp. 72-73.



Ocurrióseme, una de estas últimas noches, interrogar a mi bastón con respecto a su pasado.

Las cosas sin alma están más cerca de la naturaleza que nosotros, los perpetuamente aturcidos con la barbulla mundanal, y tienen la ruda sin ceridad de los seres primitivos no encadenados a la infame forma social; antifaz hipócrita de todos los propósitos nefandos, de todos los intentos torcidos.

Mi bastón sabe mucho.

Fue rama de una encina milenaria que el rayo jamás pudo abatir.

Refirióle ella muchas veces, en medio del selvático silencio, las épicas lides de aquellos hombres de bronce que esgrimían la pesada hacha de sílex con pasmoso desenfado; de aquellos otros que combatían con espadas cortas, embrazando escudos de cuero de buey, y de los que, forrados en bien templada armadura, no se daban tregua en el bandidaje o el combate por la conquista de minúsculo terruño y de macizo castillo empotrado en el salvaje repliegue de una montaña.

Presenció la maravillosa hazaña de aquel paladín, denomina-

do Machuca porque, rota ya su lanza en la batalla, desgajó una poderosa rama de una encina que crecía frente a aquélla, y con tan tosca arma machucó enemigos a granel.

Pero el recuerdo más vivo que conservaba el recio árbol de que vengo hablando fue el de cierta druidesa enamorada de un guerrero, batallador como pocos.

Los amantes, en víspera de que el varón partiese a lidiar con huestes romanas, despidiéronse con transportes de ternura, bajo su sombra, prometiéndose mutua fe.

La druidesa, con los dorados cabellos al viento, divinamente trágica como Velleda, vagó muchos días por el bosque sagrado, sin reposo ni consuelo, y al saber que su guerrero había perecido en la lucha, sin percatarse ya de los afectos que en el mundo le quedaban, dióse la muerte bajo la propia ramazón de aquella encina, cuyas raíces limitaron su fosa.

¿Qué porción de la savia virgen de esa mujer enamorada guardará mi bastón? No lo sabe él ni lo sé yo, mas presumo qué porción magna es, porque lo siento palpitar entre mis manos.

¡Oh!, ¡si yo hubiese visto lo que esta débil rama que me sirve de apoyo visto ha!

A ella la templó el rayo, a mí el infortunio; mas ella aún puede servir de báculo a mis pósteros, y si la hincasen en la tierra húmeda se cubriría de brotes nuevos... ¡Yo, en tanto, ya no floreceré sino a condición de disolverme entre los brazos de la madre Naturaleza!

Septiembre 28, 1895



Omar Mijangos Cortez. Nació en el Estado de México en el año de 1998. En la actualidad (2020) es estudiante de la Licenciatura en Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

# No deje que me lleve

27



● Le digo que no! Señorita... yo me niego a ir con esta... persona. ¿Pero qué acaso no ve lo que soy yo? ¿Se imagina acaso las habladurías de todo el mundo? No, señorita, no.

Al principio me hizo mucha gracia. Pensé que me escogió teniendo en mente cómo me vería en su pareja; si viera cómo me emocioné: estaba yo en mi sitio con los demás conjuntos, nadie se había detenido a mirarme, pero esto sí, deslizó sus dedos sobre mis encajes, corroboró la elasticidad de mis telas y hasta me acarició suavemente con el pulgar en círculos.

Me sentí inmensamente feliz, porque la razón de ser de toda prenda es que la usen, no estar colgada para siempre en un estante o un ropero; claro que el hecho de que me compraran no me salvaba del ropero, pero por lo menos ya tenía la posibilidad de ser usada; pero luego se me vino abajo el mundo: esto se alejó un poco de mí para tomarme una foto y accidentalmente tiró una prenda del otro mueble y cuando se agachó a recogerla la vi: ¡era otra muy parecida a mí, pero la llevaba puesta!

Yo no me puedo ir con esto, señorita, no puede dejar que me

lleve. Vengo de una familia muy respetable de prendas de lencería, nuestro trabajo siempre ha consistido en mantener viva la pasión de una pareja, para eso fui a la Universidad de Alta Costura y Letras, y ahora usted tiene la obligación de impedir que me lleven para que yo pueda cumplir mi sueño con otra persona.

¡Imagínese si se enterara mi padre! Porque nosotras también tenemos padres y madres, abuelos, abuelas, hermanas y primas. ¿Sabe usted que la genética de mi diseño viene desde los mismísimos holanes de la reina esposa de Luis XV? Por eso no puede dejar que me lleve, señorita.

\*

—Uf, lo bueno que ya se llevaron la tanga apretada del perchero de en frente.



Manuel Gutierrez Nájera. Escritor y periodista, nació en la Ciudad de México en 1859. Belem Clark de Lara afirma que Gutierrez Nájera inauguró el modernismo hispanoamericano en 1882 con la aparición de su novela *Por donde se sube al cielo*. Incurrió en varios géneros literarios (poesía, ensayo político, texto periodístico, cuento, novela), la mayoría de su obra se publicó por primera vez en diferentes periódicos y revistas de la época en que vivió. Murió en 1895.

# El vestido blanco

33

M. Gutiérrez Nájera, "El vestido blanco", en *Revista Azul*, tomo I, núm. 2 (13 de mayo de 1894) pp. 1-2.



**M**ayo, ramillete de lilas húmedas que Primavera prende a su corpiño; Mayo, el de los tibios, indecisos sueños de la pubertad; Mayo, clarín de plata que tocas diana a los poetas perezosos; Mayo, el que rebosa tantas flores como las barcas de Myssira: tus ojos claros se cierran en éxtasis voluptuoso y se escapa de tus labios el prometedor “hasta mañana” cual mariposa azul de entre los pétalos de un lirio.

Hace poco salía de la capilla, tapizada toda de rosas blancas, y entreteníame en ver la vocinglera turba de las niñas que con albos trajes, velos cándidos y botones de azahar en el tocado, habían ido a ofrecer ramos fragantes a María. Mayo y María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen y se aman. No sé qué hilo de la Virgen une a los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo y María es la esencia.

Las niñas ricas subían joviales a sus coches; las niñeras vestían de gala; santo orgullo expresaban en sus ojos, aún llorosos,

las mamás. Acababan de recibir la confirmación de la maternidad.

En uno de aquellos grupos distinguí a mi amigo Adrián; salí a su encuentro; besé a la chicuela, que todavía no sabe hablar sino con sus padres y con sus muñecas; sentí ese fresco olor de inocencia, de edredón, de brazos maternos, que esparcen las criaturas sanas, bellas y felices; y cuando la palomita de alas tímidas, cerradas, se fue con la mamá y el aya, ruborizada la niña y de veras, por la primera vez, Adrián y yo, incansables andariegos, nos alejamos de las calles henchidas de gente dominguera, para ir a la calzada que sombrean los árboles y que buscan los enamorados al caer la tarde y los amigos de la soledad al mediodía.

Adrián es un místico, pero no es, en rigor, un creyente. Lámpara robada al santuario, su f lámula oscila, rebelde al aire libre; mas el aceite que la alimenta es el mismo que la hacía brillar, a modo de pupila extática, cuando, ya dormida la oración, velaba ella en el templo. Todavía busca esa llama la mirada de las monjas que rezaban maitines en el coro bajo; todavía siente con deleite el frío del alba, entrando por las ojivas; todavía la espanta el cuerpo negro de la lechuza, ansiosa de sorberla.

Como esa hay muchas almas, en las que han quedado las creencias transfiguradas en espectros, que perturban el sueño con quejidos, sólo perceptibles para ellas, o en espíritus luminosos pero mudos; almas tristes, como isla en medio del océano, que miran con envidia a la ola sumisa y a la ola resueltamente rebelde; almas cuyos ideales semejan estalactitas de una gruta oscura, bajo cuyas bóvedas muge el viento nocturno; almas que se ven vivir, cual si tuvieran siempre delante de algún espejo,

y a ocasiones, medrosas, apocadas, o por alto sentido estético y moral, cierran los ojos para no mirarse; almas en cuyo hueco más hondo atisba siempre vigilante y duro juez; almas que no sintiéndose dueñas de sí mismas, sino esclavas de potencias superiores e ignotas, claman en la sombra: ¿en dónde está, cuál es mi amo?

Adrián, sujeto a todas las influencias, buenas y malas; pétalo en el remolino humano; susceptible de entusiasmos y desfallecimientos, tenía aquella mañana el espíritu en una nube de incienso. Había vuelto a la edad en que nadie le llamaba “papá” y él decía: ¡Padre! Pero como en él proyecta la alegría inseparable sombra de tristeza; como le acompaña siempre “el pobre niño vestido de negro que se le asemeja como un hermano”, hablome así de su reciente júbilo:

—Tú no sabes cuánta melancolía produce un vestido blanco, cuando ya se ha vivido mucho para sí o para los otros. Esta mañana, al ver junto a la camita de mi niña el traje immaculado que iba a vestir para ofrecerle, por primera vez, hermosas flores a la Virgen; al tocar ese velo sutilísimo que parece deshacerse como la niebla, si queremos asirla, sentí la vanidad del padre cuya hija comienza a dar los primeros pasos, a balbucear las primeras oraciones, y que, ataviada con primor, feliz porque de nada carece y todo ignora, camina al templo, ya conscientemente y como blanca molécula integrante de la comunión cristiana. La besé con más besos dentro de cada uno que otras veces. Sonreí, reí al verla mirándose y admirándose en el espejo, como si preguntara ¿esa soy yo? Me encantaba la torpeza natural con que soltó a andar en su recamarita, cuidando de que el roce no ajara su vestido y levantando éste con la mano para que no lo tocara ni

la alfombra. Ya en el coche, la acomodamos en su asiento como a una princesa pequeñuela de cuento de hadas que va a casarse con el rey azul. Parecía una hostia viva, y es, en verdad, la hostia de mi alma.

En el templo, la ceremonia no es solemne, es tierna. Solemne, la imposición de órdenes sacerdotales; solemne, la toma de hábito; solemne, el oficio de difuntos; solemne, la pompa del culto católico en los grandes días de la iglesia; tierna, vívida, pura, esta angélica procesión de almas intactas que lleva flores a la Virgen.

Los cirios se me figuraban cuerpecitos de niños que se fueron adelgazando, murieron y se salvaron; cuerpecitos cuya alma casta resplandece, en forma de llama, fija en las niñas blancas que van a poner las primeras hojas de su nido en el ara de María. La Madre de Dios parece como más madre rodeada por todas esas virginidades, ignorantes aún de que lo son; por todas esas inocencias que la invocan. Las niñas sienten como que han crecido.

A la mía se la llevaron con las más pequeñas. Se la llevaron sin que ella resistiera. Se la llevaron... ¿Sabes tú lo que esa frase significa? Antes y desde hace poco, sólo en casa andaba sola... en casa, esto es, en mis dominios. Desde aquel momento ya se iba con otras, sin echarnos de menos a la mamá y a mí; ya no nos pertenecía tanto como la víspera; ya no eran nuestras manos su apoyo único; ya su voluntad, acurrucada antes, entreabría las alas.

Del coro infantil se alzó el canto balbuciente, parecido a una letanía de amor, oída desde lejos. La vi a ella bajar con algún trabajo de la banca y dirigirse paso a paso, todavía vacilante, con

su ramo de flores, a las gradas del altar. Alzándome sobre las puntas de los pies, procuraba no perderla de vista, con miedo de que cayera, temeroso de que llorara; y no cayó ni lloró, ni volvió la vista a vernos; la acariciaban, le sonreían, preguntábanla su nombre, y esas sonrisas oreaban mi espíritu, como hálitos de cariños desconocidos a los que nunca volveré a encontrar.

Se iba, pero se iba con la Virgen, con el ideal del amor, con el ideal del dolor vestido de esperanza. A ella, a María, sí se la dejaba sin temores, porque estaba cierto de que iba a devolvérmela, y si no a mí, a la madre, porque madre fue ella. Algo como agua lustral caía de mi ser. Sí, vuelca, hija, tu canastillo de botones blancos en las gradas del altar; dile a la Virgen que ponga, por vela, un ala de ángel en la barca de tu vida; pídele la pureza que es la santa ignorancia del placer doloroso... mas ¿qué vas a pedirle si sabes nada más pedir juguetes y la palabra vida no cristaliza todavía en tu entendimiento ni, preguntona, ha salido de tus labios?

Después, la vi volver. Los azahares temblaban en sus rizos rubios: parecía una novia. Llevaba de la mano a otra niña, más bajita de estatura: parecía una mamá.

Estas dos palabras: novia... mamá... dichas interiormente, despertaron en los ecos profundos de mi espíritu no sé qué rumores pavorosos. Hay otro vestido blanco, tal como este de ofrecer flores, acaso más lujoso, más rico en nubes de encaje; traje de resonante y larga cauda. Hay otros azahares que no brincan de gusto en las móviles cabecitas de las niñas, sino que están quietos y rígidos en la cabellera de la desposada. Ese vestido aguardará en el canapé, cuando llegue una mañana triste del

mañana.

Ahora, ese vestido blanco, esos azahares, yo se los di; son míos, porque ella es mía. Pero... el otro, los otros, serán de alguien a quien no conozco, de alguien que vendrá, con más poder que yo, a arrancármela, porque la humanidad se perpetúa por ineludible ley de ingratitud. Y entonces, esa barca no volverá a la orilla en donde estoy, tras una breve travesía en el lago quieto; se perderá en el alta mar de la vida, sin que puedan ampararla; sin que, a nado, me sea posible darla alcance. ¿Cómo, en qué tono, brotará entonces de esos labios la palabra VIDA? En esa mar surge la bruma; allí lo desconocido humano dice en voz alta su recóndito secreto; allí sólo cuando el dolor exasperado grita, el padre oye... el pobre padre que desde lejos adivina y calla.

Cuando se siente esa angustia moral, vuélvese el espíritu a la Virgen, diciéndole: abre los ojos para que haya luz. Te lleva flores: como tú tienes tantas, guarda las que te ofrece para ella.

Y yo no sé si porque la luz de los cirios inflama los ojos, se nos saltan algunas lágrimas que el calor o el orgullo varonil evaporan.

¿Verdad que el vestido blanco es sugestivo? Ser novia... ser mamá... pedir de veras a la Virgen... saber lo que es la vida... ¡Ya el traje blanco se vistió de luto!

Y hay otro traje blanco... ¡Ah, no, jamás; no hay otro traje blanco!

Mi amigo, el místico a lo Verlaine y a lo Rod, había dado el último sorbo del ópalo verde que da el sueño y la muerte.



Vicente Huidobro. Nació en Santiago de Chile en 1893. Al inicio, su producción literaria se elaboró bajo los estándares del modernismo hispanoamericano en el que incursionó con obras como *Ecos del alma* (1911), *Canciones de la noche* (1913), entre otras. Pero se le reconoce más por ser uno de los principales representantes del movimiento vanguardista latinoamericano con la escritura de textos poéticos como: *Altazor* (1931) y *Temblor de cielo* (1931). Huidobro también escribió cuento, dramaturgia y una novela que lleva por título *La próxima* (1934). Su producción narrativa la elaboró bajo una estética que los críticos han llamado “creacionismo de carácter antropológico”, en la cual intentó resaltar la función social de las obras literarias. Murió en 1948.

# La joven del abrigo largo

43

Vicente Huidobro, "Cuentos diminutos", *La Nación. Suplemento*. Santiago de Chile (5 de noviembre de 1939), p. 1.



**C**ruza todos los días la plaza en el mismo sentido.

Es hermosa. Ni alta ni baja, tal vez un poco gruesa, grandes ojos, nariz regular, boca madura que azucara el aire, boca de fruta lista que no quiere caer de la rama.

Sin embargo, tiene un gesto amargado y siempre lleva un abrigo largo y suelto. Aunque haga un calor excepcional esa prenda no cae jamás de su cuerpo. Invierno y verano, más grueso o más delgado, siempre el sobretodo como escondiendo algo. ¿Es que ella es tímida? ¿Es que tiene vergüenza de tanta calle inútil?

¿Ese abrigo es la fortaleza de un secreto sentimiento de inferioridad? No sería nada raro. Por eso tiene un estilo arquitectónico que no sabría definir pero seguramente cualquier arquitecto conoce.

Tal vez tiene el talle muy alto o muy bajo o no tiene cintura. Tal vez quiere ocultar un embarazo, pero es un embarazo demasiado largo, de algunos años. O será para sentirse más sola

o para que todas sus células puedan pensar mejor. Saborear un recuerdo dentro de ese claustro, lejos del mundo.

Acaso quiere sólo ocultar que su padre cometió un asesinato cuando ella tenía quince años.



Emilia Pardo Bazán. Nació en La Coruña, España, en 1851. Fue una intelectual de su época al destacar como novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, catedrática y traductora. Se ha considerado que fue una de las escritoras que introdujo el naturalismo a España con novelas como *La Tribuna* (1883), *Los pazos de Ulloa* (1886), *La madre naturaleza* (1887), entre otras. Murió en 1921.

# El encaje roto

49

Emilia Pardo Bazán, "El encaje roto", en *Cuentos de amor*. Madrid, Editorial Pueyo, 1920, pp. 253-260.



**C**onvidada a la boda de Micaelita Aránguiz con Bernardo de Meneses, y no habiendo podido asistir, grande fue mi sorpresa cuando supe al día siguiente —la ceremonia debía verificarse a las diez de la noche en casa de la novia— que ésta, al pie mismo del altar, al preguntarle el obispo de San Juan de Acre si recibía a Bernardo por esposo, soltó un “no” claro y enérgico; y como reiterada con extrañeza la pregunta, se repitiese la negativa, el novio, después de arrostrar un cuarto de hora la situación más ridícula del mundo, tuvo que retirarse, deshaciéndose la reunión y el enlace a la vez.

No son inauditos casos tales, y solemos leerlos en los periódicos, pero ocurren entre gente de clase humilde, de muy modesto estado, en esferas donde las conveniencias sociales no embarazan la manifestación franca y espontánea del sentimiento y de la voluntad.

Lo peculiar de la escena provocada por Micaelita era el medio ambiente en que se desarrolló. Parecíame ver el cuadro, y no

podía consolarme de no haberlo contemplado por mis propios ojos. Figurábame el salón atestado, la escogida concurrencia, las señoras vestidas de seda y terciopelo, con collares de pedrería, al brazo la mantilla blanca para tocársela en el momento de la ceremonia; los hombres, con resplandecientes placas o luciendo veneras de órdenes militares en el delanterero del frac; la madre de la novia, ricamente prendida, atareada, solícita, de grupo en grupo, recibiendo felicitaciones; las hermanitas, conmovidas, muy monas, de rosa la mayor, de azul la menor, ostentando los brazaletes de turquesas, regalo del cuñado futuro; el obispo que ha de bendecir la boda, alternando grave y afablemente, sonriendo, dignándose soltar chanzas urbanas o discretos elogios, mientras allá, en el fondo, se adivina el misterio del oratorio revestido de flores, una inundación de rosas blancas, desde el suelo hasta la cupulilla, donde convergen radios de rosas y de lilas como la nieve, sobre rama verde, artísticamente dispuesta, y en el altar, la efigie de la Virgen protectora de la aristocrática mansión, semioculta por una cortina de azahar, el contenido de un departamento lleno de azahar que envió de Valencia el riquísimo propietario Aránguiz, tío y padrino de la novia, que no vino en persona por viejo y achacoso —detalles que corren de boca en boca—, calculándose la magnífica herencia que corresponderá a Micaelita, una esperanza más de ventura para el matrimonio, el cual irá a Valencia a pasar su luna de miel—. En un grupo de hombres me representaba al novio algo nervioso, ligeramente pálido, mordiéndose el bigote sin querer, inclinándose la cabeza para contestar a las delicadas bromas y a las frases halagüeñas que le dirigen...

Y, por último, veía aparecer en el marco de la puerta que da a las habitaciones interiores una especie de aparición, la novia,

cuyas facciones apenas se divisan bajo la nubecilla del tul, y que pasa haciendo crujir la seda de su traje, mientras en su pelo brilla, como sembrado de rocío, la roca antigua del aderezo nupcial. Y ya la ceremonia se organiza, la pareja avanza conducida con los padrinos, la cándida figura se arrodilla al lado de la esbelta y airosa del novio. Apiñase en primer término la familia, buscando buen sitio para ver amigos y curiosos, y entre el silencio y la respetuosa atención de los circunstantes el obispo formula una interrogación, a la cual responde un “no” seco como un disparo, rotundo como una bala. Y —siempre con la imaginación— notaba el movimiento del novio, que se revuelve herido; el ímpetu de la madre, que se lanza para proteger y amparar a su hija; la insistencia del obispo, forma de su asombro; el estremecimiento del concurso; el ansia de la pregunta transmitida en un segundo: “¿Qué pasa? ¿Qué hay? ¿La novia se ha puesto mala? ¿Qué dice “no”? Imposible... Pero ¿es seguro? ¡Qué episodio!”

Todo esto, dentro de la vida social, constituye un terrible drama. Y en el caso de Micaelita, al par que drama, fue logogrifo. Nunca llegó a saberse de cierto la causa de la súbita negativa.

Micaelita se limitaba a decir que había cambiado de opinión y que era bien libre y dueña de volverse atrás, aunque fuese al pie del ara, mientras el “sí” no hubiese partido de sus labios. Los íntimos de la casa se devanaban los sesos, emitiendo suposiciones inverosímiles. Lo indudable era que todos vieron, hasta el momento fatal, a los novios satisfechos y amarteladísimos; y las amiguitas que entraron a admirar a la novia engalanada, minutos antes del escándalo, referían que estaba loca de contento y tan ilusionada y satisfecha, que no se cambiaría por nadie. Datos eran éstos para oscurecer más el extraño enigma que por

largo tiempo dio pábulo a la murmuración, irritada con el misterio y dispuesta a explicarlo desfavorablemente.

A los tres años —cuando ya casi nadie iba acordándose del sucedido de las bodas de Micaelita— me la encontré en un balneario de moda donde su madre tomaba las aguas. No hay cosa que facilite las relaciones como la vida de balneario, y la señorita de Aránguiz se hizo tan íntima mía, que una tarde paseando hacia la iglesia, me reveló su secreto, afirmando que me permite divulgarlo, en la seguridad de que explicación tan sencilla no será creída por nadie.

—Fue la cosa más tonta... De puro tonta no quise decirla; la gente siempre atribuye los sucesos a causas profundas y trascendentales, sin reparar en que a veces nuestro destino lo fijan las niñerías, las “pequeñeces” más pequeñas... Pero son pequeñeces que significan algo, y para ciertas personas significan demasiado. Verá usted lo que pasó: y no concibo que no se enterase nadie, porque el caso ocurrió allí mismo, delante de todos; sólo que no se fijaron porque fue, realmente, un decir Jesús.

Ya sabe usted que mi boda con Bernardo de Meneses parecía reunir todas las condiciones y garantías de felicidad. Además, confieso que mi novio me gustaba mucho, más que ningún hombre de los que conocía y conozco; creo que estaba enamorada de él. Lo único que sentía era no poder estudiar su carácter; algunas personas le juzgaban violento, pero yo le veía siempre cortés, deferente, blando como un guante. Y recelaba que adoptase apariencias destinadas a engañarme y a encubrir una fiera y avinagrada condición. Maldecía yo mil veces la sujeción de la mujer soltera, para la cual es imposible seguir los pasos a su novio, ahondar en la realidad y obtener informes leales, sinceros

hasta la crudeza –los únicos que me tranquilizarían–. Intenté someter a varias pruebas a Bernardo, y salió bien de ellas, su conducta fue tan correcta, que llegué a creer que podía fiarle sin temor alguno mi porvenir y mi dicha.

Llegó el día de la boda. A pesar de la natural emoción, al vestirme el traje blanco reparé una vez más en el soberbio volante de encaje que lo adornaba, y era el regalo de mi novio. Había pertenecido a su familia aquel viejo Alençon auténtico, de una tercia de ancho –una maravilla–, de un dibujo exquisito, perfectamente conservado, digno del escaparate de un museo. Bernardo me lo había regalado encareciendo su valor, lo cual llegó a impacientarme, pues por mucho que el encaje valiese, mi futuro debía suponer que era poco para mí.

En aquel momento solemne, al verlo realzado por el denso raso del vestido, me pareció que la delicadísima labor significaba una promesa de ventura y que su tejido, tan frágil y a la vez tan resistente, prendía en sutiles mallas dos corazones. Este sueño me fascinaba cuando eché a andar hacia el salón, en cuya puerta me esperaba mi novio. Al precipitarme para saludarle llena de alegría por última vez, antes de pertenecerle en alma y cuerpo, el encaje se enganchó en un hierro de la puerta, con tan mala suerte, que al quererme soltar oí el ruido peculiar del desgarrón y pude ver que un jirón del magnífico adorno colgaba sobre la falda. Solo que también vi otra cosa: la cara de Bernardo, contraída y desfigurada por el enojo más vivo, sus pupilas chispeantes, su boca entreabierta ya para proferir la reconvencción y la injuria. No llegó a tanto porque se encontró rodeado de gente, pero en aquel instante fugaz se alzó un telón y detrás apareció desnuda un alma.

Debí de inmutarme, por fortuna, el tul de mi velo me cubría el rostro. En mi interior algo crujía y se despedazaba, y el júbilo con que atravesé el umbral del salón se cambió en horror profundo. Bernardo se me aparecía siempre con aquella expresión de ira, dureza y menoscipio que acababa de sorprender en su rostro; esta convicción se apoderó de mí, y con ella vino otra: la de que no podía, la de que no quería entregarme a tal hombre, ni entonces, ni jamás... Y, sin embargo, fui acercándome al altar, me arrodillé, escuché las exhortaciones del obispo... Pero cuando me preguntaron, la verdad me saltó a los labios, impetuosa, terrible... Aquel “no” brotaba sin proponérmelo; me lo decía a mí propia ¡para que lo oyesen todos!

—¿Y por qué no declaró usted el verdadero motivo, cuando tantos comentarios se hicieron?

—Lo repito: por su misma sencillez. No se hubiesen convencido jamás. Lo natural y vulgar es lo que no se admite. Preferí dejar creer que había razones de esas que llaman serias...

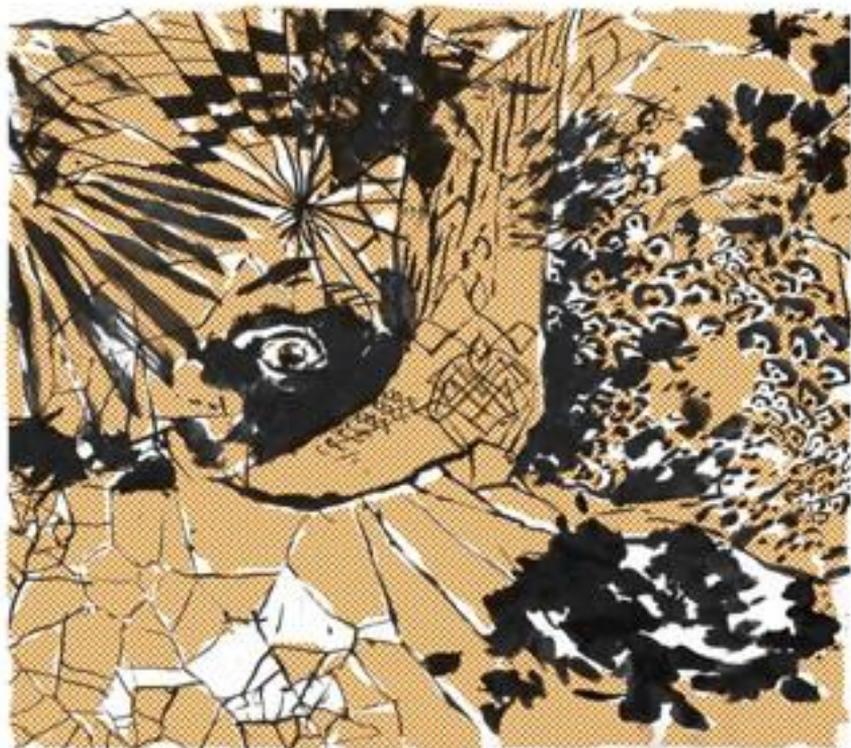


Vicente Riva Palacio. Escritor e historiador, nació en México en 1832. Al desempeñar ciertos cargos públicos y además con su labor intelectual contribuyó a la consolidación de una identidad mexicana y a la institucionalización del Estado durante el siglo XIX. En materia literaria escribió novelas como *Calvario y Tabor* (1868), *Monja y casada, virgen y mártir* (1868). Una singularidad de la obra de Riva Palacio es que manufacturó algunas tramas de su narrativa auxiliado de documentación del archivo histórico de México. Murió en Madrid en 1896.

# El abanico

59

Vicente Riva Palacio, "El abanico", en *Cuentos del General*. Madrid, Est. Tip. Sucesores Rivadeneira, 1896, pp. 179-189.



**E**l marqués estaba resuelto a casarse, y había comunicado aquella noticia a sus amigos, y la noticia corrió con la velocidad del relámpago por toda la alta sociedad, como toque de alarma a todas las madres que tenían hijas casaderas, y a todas las chicas que estaban en condiciones y con deseos de contraer matrimonio, que no eran pocas.

Porque, eso sí, el marqués era un gran partido, como se decía entre la gente de mundo. Tenía treinta y nueve años, un gran título, mucho dinero, era muy guapo y estaba cansado de correr el mundo, haciendo siempre el primer papel entre los hombres de su edad dentro y fuera de su país.

Pero se había cansado de aquella vida de disipación. Algunos hilos de plata comenzaban a aparecer en su negra barba y entre su sedosa cabellera; y como era hombre de buena inteligencia y de no escasa lectura, determinó sentar sus reales definitivamente, buscando una mujer como él la soñaba para darle su nombre y partir con ella las penas o las alegrías del hogar en

los muchos años que estaba determinado a vivir todavía sobre la tierra.

Con la noticia de aquella resolución no le faltaron seducciones, ni de maternal cariño, ni de románticas o alegres bellezas, pero él no daba todavía con su ideal, y pasaban los días, y las semanas, y los meses, sin haber hecho la elección.

—Pero, hombre —le decían sus amigos—, ¿hasta cuándo vas a decidirte?

—Es que no encuentro todavía la mujer que busco.

—Será porque tienes pocas ganas de casarte, que muchachas sobran. ¿No es muy guapa la condesita de Mina de Oro?

—Se ocupa demasiado de sus joyas y de sus trajes; cuidará más un collar de perlas que de su marido, y será capaz de olvidar a su hijo por un traje de la casa de Worth.

—¿Y la baronesa del Iris?

—Muy guapa y muy buena; es una figura escultórica, pero lo sabe demasiado; el matrimonio sería para ella el peligro de perder su belleza, y llegaría a aborrecer a su marido si llegaba a suponer que su nuevo estado marchitaba su hermosura.

—¿Y la duquesa de Luz Clara?

—Soberbia belleza, pero sólo piensa en divertirse; me dejaría moribundo en la casa por no perder una función del Real, y no vacilaría en abandonar a su hijo enfermo toda una noche por asistir al baile de una embajada.

—Y la marquesa de Cumbre-Nevada, ¿no es guapísima y un modelo de virtud?

—Ciertamente, pero es más religiosa de lo que un marido necesita: ningún cuidado, ninguna pena, ninguna enfermedad de la familia le impediría pasarse toda la mañana en la iglesia, y no vacilaría entre un sermón de Cuaresma y la alcobita de su hijo.

—Vamos, tú quieres una mujer imposible.

—No, nada de imposible, ya veréis cómo la encuentro, aunque no sea una completa belleza, porque la hermosura para el matrimonio no es más que el aperitivo para el almuerzo, la busca sólo el que no lleva apetito, que quien tiene hambre no necesita aperitivos, y el que quiere casarse no exige el atractivo de la completa hermosura.

Tenía el marqués como un axioma, fruto de sus lecturas y su mundanal experiencia, que a los hombres, y quien dice a los hombres dice también a las mujeres, no debe medírseles para formar juicio acerca de ellos por las grandes acciones, por los grandes hechos, sino por las acciones insignificantes y familiares, porque los grandes hechos, como tienen siempre muchos testigos presentes o de referencia, son resultado más del cálculo que de las propias inspiraciones, y no traducen con fidelidad las dotes del corazón o del cerebro; al paso que las acciones insignificantes hijas son del espontáneo movimiento de la inteligencia y de los sentimientos, y forman ese botón que, como dice el refrán antiguo, “basta para servir de muestra”.

Una noche se daba un gran baile en la embajada de Inglaterra. Los salones estaban literalmente cuajados de hermosas damas y apuestos caballeros, todos flor y nata de las clases más aristocráticas de la sociedad. El marqués estaba en el comedor, adonde había llevado a la joven condesita de Valle de Oro, una

muchacha de veinte años, inteligente, simpática y distinguida, pero que no llamaba, ni con mucho, la atención por su belleza, ni era una de esas hermosuras cuyo nombre siempre viene a la memoria cada vez que se emprende conversación acerca de mujeres encantadoras.

La joven condesa era huérfana de madre y vivía sola con su padre, noble caballero estimado por todos cuantos le conocían.

La condesita, después de tomar una taza de té, conversaba con algunas amigas antes de volver a los salones.

—Pero ¿cómo no estuviste anoche en el Real? Cantaron admirablemente el Tannhäuser —le decía una de ellas.

—Pues mira: me quedé vestida, porque tenía deseos, muchos deseos, de oír el Tannhäuser, es una ópera que me encanta.

—¿Y qué pasó?

—Pues que ya tenía el abrigo puesto, cuando la doncella me avisó que Leonor estaba muy grave. Entré a verla y ya no me atreví a separarme de su lado.

—Y esa Leonor —dijo el marqués terciando en la conversación—, ¿es alguna señora de la familia de usted?

—Casi, marqués, es el aya que tuvo mi mamá, y como nunca se ha separado de nosotros y me ha querido tanto, yo la veo como de la familia.

—¡Qué abanico tan precioso traes! —dijo a la condesita una de las jóvenes que hablaba con ella.

—No me digas, que estoy encantada con él y lo cuido como a las niñas de mis ojos, es un regalo que me hizo mi padre el día

de mi santo, y son un primor la pintura y las varillas y todo él; me lo compró en París.

—¿A ver, a ver? —dijeron todas y se agruparon en derredor de la condesita, que, con una especie de infantil satisfacción, desplegó a sus ojos el abanico, que realmente era una maravilla del arte.

En este momento, uno de los criados que penosamente cruzaba entre las señoras llevando en las manos una enorme bandeja con helados, tropezó, vaciló y, sin poderse valer, vino a chocar contra el abanico, abierto en aquellos momentos, haciéndole pedazos. Crujieron las varillas, rasgose en pedazos la tela y poco faltó para que los fragmentos hirieran la mano de la condesita.

—¡Qué bruto! —dijo una señora mayor.

—¡Qué animal tan grande! —exclamó un caballero.

—Parece que no tiene ojos —dijo una chiquilla.

Y el pobre criado, rojo de vergüenza y sudando de pena, podía apenas balbucir una disculpa ininteligible.

—No se apure usted, no se mortifique —dijo la condesita con la mayor tranquilidad—, no tiene usted la culpa, nosotras, que estamos aquí estorbando el paso.

Y reuniendo con la mano izquierda los restos del abanico, tomó con la derecha el brazo del marqués, diciéndole con la mayor naturalidad:

—Están tocando un vals, y yo le tengo comprometido con usted, ¿me lleva usted al salón de baile?

—Sí, condesa, pero no bailaré con usted este vals.

—¿Por qué?

—Porque en este momento voy a buscar a su padre para decirle que mañana mismo iré a pedirle a usted por esposa, y dentro de ocho días, tiempo suficiente para que ustedes se informen, iré a saber la resolución.

—Pero, marqués —dijo la condesita trémula—, ¿es esto puñalada de pícaro?

—No, señora, será, cuando más, una estocada de caballero.

Tres meses después se celebraban aquellas bodas y en una rica moldura, bajo cristal, se ostentaba en uno de los salones del palacio de los nuevos desposados, el abanico roto.



Luis G. URBina. Poeta, narrador, cronista y crítico literario nacido en México en 1868. Por un largo tiempo colaboró en la prensa diaria y en las revistas más importantes de su tiempo. Fue profesor de la Escuela Nacional Preparatoria y director de la Biblioteca Nacional. Figuró en las filas del modernismo para después desligarse de él y encontrar una forma propia de escritura, la cual posee una fuerte influencia del romanticismo. Algunas de sus obras sobresalientes son: *Versos* (1890), *Lámparas de agonía* (1914). Murió en Madrid en 1934.

# Anteojos y palomas

69

Luis G. Urbina, "Anteojos y palomas", en *Cuentos vividos y crónicas soñadas*. México, Eusebio Gómez de la Puente, Editor, 1915, pp. 31-38.



**E**n la oficina donde estoy empleado, frente por frente de mi pupitre apolillado y de forma arcaica —potro de tormento de diez generaciones de infelices—, se abre una ventana hermosa y amplia, que es la repartidora de luz y de alegría en el salón, húmedo, polvoso y tapizado de estanterías y legajos. Desde ella, cada vez que levanto la mirada, puedo ver un corredor cercano, cuyo pretil de mampostería sostiene una línea de macetas, una pared pintada de rosa en la que se destaca el verde fresco de las plantas florecidas, y en lo alto, un pedazo de cielo rasguñado aquí y allá por los alambres del telégrafo y las torres de hierro de los tinacos. Para mí, especialmente, la ventana es un cuadro animado que no deja de interesarme. Parece que escogí el sitio mejor y más conforme con mi temperamento, para vivir siete horas del día, entre guarismos. Mi trabajo consiste en formarlos sobre el papel, a manera de grandes batallones, y hacerlos evolucionar en ese campo blanco, y ejecutar con tal ejército las más difíciles maniobras. Doy un toque de atención y hago marchar las columnas de cifras... ¡Tan, tan!, en interminable desfile. La labor, en fuerza

monótona, ha llegado a ser mecánica y aburridora; pero es preciso ganar el pan, y aquí me estoy, encorvado sobre expedientes y cuadernos, ordenando pelotones de números, haciendo largas sumas y multiplicaciones imposibles, en lucha perpetua con estas cantidades cuya significación y resultado no alcanzo, del mismo modo que el sargento no puede darse cuenta del plan de campaña del general. ¡Ah!, si estos números fueran alguna cosa: objetos, monedas, bultos; ¡si me dijeran algo al pasar! Pero no. Conservan su misterio y su rigidez: son imperturbables, son abstractos: uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Por eso, la escapatoria de un instante, la repentina fuga de ese cuartel de operaciones, consuela un poco mi fantasía. Dejo de ser máquina por segundos, y torno a ser hombre: por veloces intermitencias, pienso, y, como el filósofo, me doy cuenta de que existo. De ordinario, al entrar por la mañana en la oficina, o por la tarde, cuando se va la luz y el salón se oscurece hasta impedirme trabajar, tengo más tiempo de que vuele hacia la ventana alguno que otro sueño impenitente y terco. A veces, es preciso echar la persiana, porque el sol es muy insolente y me arroja a los ojos, para deslumbrarme, puñados de sus diamantes californianos, y el aire es muy travieso y se pone a jugar con mis papeles. A veces también me obligan mis compañeros de presidio a cerrar la vidriera: mis compañeros, viejos asmáticos, jóvenes anémicos y algunos cuarentones egoístas que ya se hicieron el ánimo de pasarse la existencia enclavados en sendas sillas. Sin embargo, a través de los vidrios opacos y sucios, sigo, cuando quiero, contemplando mi horizonte. Le ponen cristal a la pintura como si fuera un cromo corriente; pierde algo de su carácter; pero todavía se la ve simpática, alegre, sobre todo en tardes de lluvia, cuando los hilos de agua tejen en el viento sus

caprichos y sutiles encajes, y las gotas loquean y saltan al caer, como si tuviesen vida propia, haciendo mil ruidosas diabluras en los juncos colgados del muro, y en las flores, y en las hojas de las macetas. Mi cuadro tiene muy poco movimiento. Es un paisaje sin figuras. Suelen en un momento aparecer, por entre una mata de claveles o tras un penacho de margaritas, los semblantes cetrinos y vulgares de las muchachas indígenas que habitan en ese pequeño paraíso, plantado, para darnos envidia, frente a nuestro infierno burocrático. Pero son tan feas las pobrecillas —cabezas de ilustraciones de viajes al África que—, en lugar de aumentar, le quitan interés a la composición, y, la vez que en ella se presentan, tal parece que algún irreverente y mal intencionado, emborronó con sepia aquellas figuras groseras con el propósito de deslucir la delicadeza del fondo. En cambio, cuando una veintena de palomas se para en el pretil de piedra y lo atraviesa a carreras y semivuelos, cualquiera, al verlo, diría que está mirando una linda acuarela. De buen tiempo a esta parte, las palomas han aumentado de un modo notable. ¡Qué sé yo! Se han reproducido, o han venido de otros lugares, atraídas por la quietud y la frescura del corredor. Entre el refunfuño de los empleados que dictan cantidades o confrontan minutas, se oyen arrullos tristes, reclamos de amor y bulliciosos aleteos: —arias apasionadas, dúos encantadores que acompañan un coro de canónigos enronquecidos y soñolientos—. Las palomas no pueden vivir sin enamorarse, todo el día se cortejan: ellos son galanteadores de oficio; atrevidos, donjuanescos, románticos; ellas son tímidas y tiernas, con una sencillez voluptuosa y una docilidad para las caricias, verdaderamente conmovedoras. Aman para vivir, al aire libre, con unción, con recogimiento, olvidadas de cuanto les rodea, extáticas, como si estuviesen celebrando el

rito de un divino culto. ¡Oh, aves de Venus!...

Desde hace muchos días una pareja concibió un capricho extraño: anidar en este salón polvoso, sobre la cornisa de un viejo estante, en el hueco que dejan dos montones de expedientes que suben hasta el techo como dos columnas de cartón amarillento. Una mañana abrí la vidriera, y él, el enamorado, se coló de un vuelo en la oficina, saltó de acá para allá, como buscando un sitio que le conviniese, se paró sobre los legajos, recorrió las estanterías, y, en seguida, volvió a salir con una rapidez inesperada. Regresó acompañado.

Venía con él una bella hembra, de blancura frágil y luciente, como de espuma de mar en plenilunio; le enseñó el hueco, la obligó, a fuerza de arrullos, a que lo escudriñara, le hizo juramentos, la sedujo con la ardorosa elocuencia de sus reclamos. Ella vaciló en un principio y al fin cedió a los ruegos; esponjose en un estremecimiento de deseo, e inclinándose, clavó en su pecho de nieve el vívido coral del pico. A partir de aquel día, los dos amantes no cesaron de perturbarnos en nuestras labores; golpeaban los vidrios si la ventana estaba cerrada, picoteaban la persiana, y cuando abría yo, entraban sin miramientos, como país conquistado, a decirse ternezas en el viejo estante, en el hueco sombrío de los montones de expedientes. Nos hicimos amigos. ¡Qué guapo era el seductor y qué bien ataviado con su manto de tornasoles a la espalda, como bordado de pedrería, y armiñado el pecho en el que brillaba, como un toisón de esmeralda, el collar de plumas joyantes! Ella, toda blanca, de nieve inhollada, se sentía orgullosa de su príncipe. Cantaba, mirándole, con ritmo suave, casi imperceptible, como si estuviese desfallecida de emoción. En las primeras mañanas, me irrité, lo

confieso; me distraían con su alharaca de alas y arrullos aquellos recién casados; no oía bien las cifras que me dictaban los escribientes y equivocaba las sumas y las multiplicaciones. Mas llegué a acostumbrarme con la ruidosa compañía. Mientras yo sumaba, dos y dos son cuatro, ellos se preguntaban la eterna pregunta: “¿Me amas?” ¡De veras que estaban locos! ¡Eran extravagantes y exquisitos, y buscaban sensaciones raras, nunca sentidas, como los modernos refinados! Tenían espacio, sol, cielo, flores, y preferían este salón triste, ese mueble apolillado, aquel rincón telarañoso y oscuro. Allá fuera trasciende a rosas; aquí huele a papel viejo, a ratones, a pobreza; el corredor es un pedazo de campiña; el salón es un cementerio de almas y de legajos. No obstante, ellos, a juzgar por sus aspavientos, encontraban el nido delicioso. Yo pensaba: si fueran golondrinas, me lo explicaría, pero palomas...

Por supuesto que mis compañeros estaban furiosos: algunos se levantaban irascibles, y con los plumeros de los escritorios o con proyectiles de papel asustaban a Julieta y a Romeo. A la pareja le importaba un bledo esta conspiración armada: ¡Bah! Tenían alas, y cuando mucho se fastidiaban con semejantes demostraciones de descontento, se iban golpeando el aire enrarecido de la oficina, a seguir, en el pretil de piedra, su diálogo shakespeariano. Cerrábamos la ventana, pero, a poco, era necesario volver a abrirla, porque nos asfixiábamos en aquella atmósfera cargada de miasmas y de guarismos. La ventana es nuestro único medio de ventilación. De modo que los enamorados regresaban con una terquedad irritante, sobre todo, para mis colegas, mis viejos colegas, habituados a no ser interrumpidos en su silencio de tumba ni en su actitud sedente de momias egipcias. Cuando el reloj acatarrado —una antigualla llena de polvo, como las me-

sas, los expedientes y los estantes— estornudaba las seis, oíase ruido de cajones que se cerraban, de sillas que se remueven, de manos que se frotan, de pies que se andan; el momento extraordinario de la libertad, el minuto de crisis en que recobrábamos nuestra actividad y nuestra conciencia. Al estrépito inusitado, las palomas se escapaban con la alegría de los meritorios que huyen del encierro y volaban con tanta satisfacción que, en muchas ocasiones, mientras cerraba yo la ventana, las vi perderse en el cielo ópalo del crepúsculo.

Las consideré camaradas mías: llegaron a imponérseme, a suggestionarme. Gustaba de verlas allí, porque encontraba en ellas una metáfora viviente de mis versos, los que anidaban también entre cuadernos de números, y que se sentían arrojados por burlas y sarcasmos, y provocaban las cóleras de los empleados cumplidos y serios... Decididamente las aves se adoraban cada vez más; ya no salían de su rincón; ya casi no cantaban su estrofa de amor monótona y lacrimosa: por rareza interrumpían el silencio, y mis irascibles colegas las echaban, de seguro, en olvido. Pero una tarde, al salir, cometieron grandes delitos: probablemente fiadas en el compañerismo, se atrevieron a pararse en la mesa del jefe, a volar al ras del suelo por todo el salón, a volcar tinteros, a sacudir a aletazos cuadernos y libros, en un frenético aturdimiento, en una embriaguez alada, cuya causa parecía ser algo como un ciego pánico de pájaro asustado. El ansia de irnos nos impidió enojarnos: la escena se celebró con risas. Las palomas salieron al cabo, hasta pararse a lo lejos, en el travesaño de una torre de hierro. Todos nos fuimos de prisa; digo mal, no todos; un vejete bilioso, una momia egipcia, se quedó a componer su mesa, sobre la cual, el tintero derramado había pintado un soberbio atlas en la blancura del papel...

A la mañana siguiente, al penetrar en el salón, noté que la ventana ya estaba abierta, ¡Qué raro! Yo era el que siempre me ocupaba de eso...

El vejete, sentado frente a su pupitre, admirablemente arreglado, me contó sonriendo la historia: llegó temprano, apoyó la escalera sobre el estante, subió, hizo una trampa de expedientes, una ingeniosa trampa, un voluntario y rápido derrumbamiento, y abrió la ventana. Después, cuando llegaron Julieta y Romeo, se verificó la catástrofe. Sólo él murió; más atrevido o más enamorado entró el primero y sucumbió en su audacia. Ella huyó, impulsada por el instinto... Mi compañero sonreía: dentro de los vidrios de sus antiparras fosforecían sus pupilas vengativas...

Desde entonces han cesado los arrullos en la Oficina de la Estadística Fiscal. Ya no hay palomas en el corredor: las han prohibido.

Algunas veces, recuerdo a los amantes infortunados y me pongo melancólico a ratos: no me atrevo a asegurar que triste, porque... ¿qué va a decir el ministro cuando sepa que un empleado de la estadística se pone triste con la muerte de una paloma?



J. M. Machado de Assis. Nació en Río de Janeiro, Brasil, en 1839. Su producción literaria es vasta y comprende poesía, reseña, crítica literaria, novela, crónica, dramaturgia, cuento y artículo periodístico. Mientras vivía se le consideró como el mejor escritor brasileño y con su novela *Memorias póstumas de Bras Cubas* (1881) se convirtió en uno de los exponentes más distinguidos del realismo en su país y en el continente americano. Murió en 1908.

# El reloj de oro

79

Job [Machado de Assis], "O relógio de ouro", no *Jornal das Famílias*, ano xi (abril e maio de 1873), pp. 117-120, 129-132.



**A**hora, contaré la historia del reloj de oro. Era un gran cronómetro, nuevecito y trabajando sobre unas cuantas piedras preciosas. Luiz Negreiros tenía mucha razón en quedar con la boca abierta cuando vio el reloj en casa, un reloj que no era de él ni podría ser de su mujer. ¿Sería una ilusión de sus ojos? No lo era; el reloj estaba ahí sobre una mesa de la alcoba, mirándolo, quizás tan espantado como él, del lugar y de la situación.

Clarita no estaba en la alcoba cuando Luiz Negreiros entró a ella. Se había quedado en la sala, hojeando una novela, sin corresponder ni mucho ni poco al beso con que su marido la saludó cuando llegó.

Era una bonita chica esta Clarita, aunque un tanto pálida, o por esto mismo, era pequeña y delgada. De lejos parecía una niña; de cerca, quien le examinara los ojos vería bien que era una mujer como pocas.

Estaba perezosamente reclinada en el sillón, con el libro abierto, y los ojos en el libro, sólo los ojos, porque el pensamiento, no tengo certeza si estaba en el libro o en otra parte. En todo

caso parecía ajena a su marido y al reloj.

Luiz Negreiros agarró el reloj, con una expresión que yo no me atrevo a describir. Ni el reloj ni la cadena eran de él: mucho menos de alguno de sus conocidos.

Se trataba de un acertijo.

A Luiz Negreiros le gustaban los acertijos, y se le conocía como un descifrador intrépido, pero le gustaban más los acertijos en los almanaques o en los periódicos de modas. Acertijos vivos o palpables, pero los misterios sin concepto no los apreciaba Luiz Negreiros.

Por este motivo, y otros que son obvios, comprenderá el lector que el esposo de Clarita se tirase sobre una silla, jalándose rabiosamente los cabellos, golpeará con el pie el piso y echará el reloj y la cadena sobre la mesa.

Terminada esta primera manifestación de furor, Luiz Negreiros agarró de nuevo los fatales objetos y de nuevo los examinó.

Quedó en lo mismo.

Cruzó los brazos durante algún tiempo y reflexionó sobre el caso, interrogó todos sus recuerdos, y concluyó al fin de todo que, sin una explicación de Clarita, todo su procedimiento sería en balde o precipitado.

Se fue a la sala.

Clarita acababa justamente de leer una página y movió la hoja con el aire indiferente y tranquilo de quien no piensa descifrar acertijos de cronómetros. Luiz Negreiros la miró fijamente y sus ojos parecían dos puñales relucientes.

—¿Qué tienes? —Preguntó la muchacha con la voz dulce que todos concordaban que tenía.

Luiz Negreiros no respondió a la interrogación de la mujer; la miró por algún tiempo y después dio dos vueltas en la sala, pasando la mano por sus cabellos y haciendo otros gestos raros, por lo que la muchacha le preguntó nuevamente:

—¿Qué tienes?

Luiz Negreiros se paró frente a ella.

—¿Qué es esto? —Preguntó él, sacando del bolsillo el fatal reloj y colocándolo frente a sus ojos.

—¿Qué es esto? —Repitió él con voz de trueno.

Clarita mordió sus labios y no contestó.

Luiz Negreiros estuvo algún tiempo con el reloj en la mano y los ojos en la mujer, la cual tenía sus ojos en el libro.

El silencio era profundo.

Luiz Negreiros fue el primero en romperlo tirando estrepitosamente el reloj al piso, y diciendo enseguida a su esposa.

—Vamos, ¿de quién es este reloj?

Clarita levantó lentamente los ojos hacia él, después los bajó y murmuró:

—No lo sé.

Luiz Negreiros hizo un gesto como de quien quería estrangularla, se contuvo. La mujer se levantó, agarró el reloj y lo puso

sobre la mesa pequeña.

No pudo contenerse Luiz Negreiros.

Caminó hacia ella y, agarrándole las muñecas con fuerza, le dijo:

—¿No me responderás, demonio? ¿No me explicarás ese enigma?

Clarita hizo un gesto de dolor, y Luiz Negreiros inmediatamente le soltó las muñecas que ya estaban moradas. En otras circunstancias, es probable que Luiz Negreiros se pusiera a sus pies y le pidiera perdón por haberla herido. En esta ocasión, ni se acordó de esto; la dejó en medio de la sala y se puso a caminar de nuevo, siempre agitado, parando de vez en cuando, como si meditara en algún fin trágico.

Clarita salió de la sala.

Poco después vino un sirviente a decir que la cena estaba servida.

—¿Dónde está la señora?

—No lo sé, señor.

Luiz Negreiros fue a buscar a su mujer; la encontró en un cuarto de costura, sentada en una silla baja, con la cabeza entre las manos, sollozando.

Al escuchar el ruido que él hizo al cerrar la puerta tras de sí, Clarita levantó la cabeza, y Luiz Negreiros pudo ver su rostro húmedo de lágrimas.

Esta situación fue aún peor para él que la de la sala. Luiz Negreiros no podía ver llorar a una mujer, y sobretodo la de él.

Iba a secarle las lágrimas con un beso, pero de nuevo se contuvo, y caminó hacia ella; jaló una silla y se sentó en frente de Clarita.

—Estoy tranquilo, como ves —dijo él— me contestas lo que te pregunté con la sinceridad que siempre usaste conmigo. Yo no te acuso ni sospecho de ti. Quisiera simplemente saber cómo fue a parar allá aquel reloj. ¿Fue tu padre quien lo olvidó aquí?

—No.

—Pero, entonces...

—¡Oh!, ¡no me preguntes nada! —Exclamó Clarita— ignoro cómo ese reloj se encuentra aquí... No sé de quién es... déjame.

—¡Esto es demasiado! — Aulló Luiz Negreiros, levantándose y echando la silla al piso.

Clarita se estremeció y se quedó en donde estaba.

La situación se ponía cada vez más grave; Luiz Negreiros caminaba cada vez más agitado, revolviendo los ojos en las órbitas y pareciendo que pronto se tiraría sobre la infeliz esposa. Ésta con los codos en las piernas y la cabeza en las manos, tenía los ojos clavados en la pared.

Así pasó cerca de un cuarto de hora.

Luiz Negreiros iba de nuevo a interrogar a la esposa, cuando oyó la voz del suegro, que subía las escaleras, gritando:

—¡Oh señor Luiz! ¡Oh, señor bribón!

—¡Ahí viene tu padre! —dijo Luiz Negreiros— luego arreglamos cuentas.

Salió del cuarto de costura y fue a recibir al suegro, que ya estaba en medio de la sala, moviendo su sombrero de sol, con riesgo de romper las jarras y el candelabro.

—¿Estaban ustedes durmiendo? —preguntó el señor Meirelles, sacando el sombrero y limpiándose la frente con un gran pañuelo rojo.

—No, señor, estábamos conversando...

—¿Conversando?... —repitió bajito Meirelles.

Y añadió consigo mismo:

—Estaban de pleitos... eso es.

—Vamos justamente a cenar —dijo Luiz Negreiros— ¿Cena con nosotros?

—No, vine por otra cosa, —dijo Meirelles— ceno aquí hoy y mañana también. No me invitaste, pero no importa.

—¿No lo invité?...

—Sí, ¿no cumples años mañana?

—¡Ah! Es verdad...

No había razón aparente para que después de estas palabras dichas con un tono lúgubre, Luiz Negreiros las repitiera, pero esta vez con un tono desmesuradamente alegre:

—¡Ah! Es verdad...

Meirelles, que iba a colocar el sombrero en un gancho en el pasillo, se volteó espantado hacia su yerno, en cuyo rostro leyó la más franca, súbita e inexplicable alegría.

—¡Está loco! —dijo bajito Meirelles.

—Vamos a cenar —gritó el yerno, yendo luego hacia dentro, mientras Meirelles seguía por el pasillo hacia la sala de cenar.

Luiz Negreiros fue a buscar a su mujer al cuarto de costura y la encontró de pie, arreglándose el cabello frente a un pequeño espejo.

—Gracias —dijo él entrando.

La muchacha lo miró admirada.

—Gracias —repitió Luiz Negreiros—, gracias y perdóname.

Diciendo esto, procuró Luiz Negreiros abrazarla, pero la joven, con un gesto noble, rechazó el apapacho del marido y se dirigió al comedor.

—¡Tiene razón! —murmuró Luiz Negreiros.

Luego, todos se encontraban en la mesa de cenar y fue servida la sopa, que Meirelles encontró fría, como era natural. Iba a hacer un discurso con respecto a la negligencia de los sirvientes, cuando Luiz Negreiros confesó que toda la culpa era de él, porque la cena estaba hace mucho tiempo en la mesa. La declaración sólo cambió el sentido del discurso, que trató entonces sobre lo terrible que era una cena recalentada, idea que el poeta ya había resumido en este verso que se hizo un axioma:

*«Un diner réchauffé ne valut jamais rien.»*

Meirelles era un hombre alegre, pillo, quizá demasiado frívolo para su edad y para la posición que ocupaba. Al yerno le gustaba mucho invitarlo a la mesa. Infelizmente había un punto negro en la sociedad; Clarita estaba triste y pocas palabras respondía a las muchas que le dirigían su marido y su padre.

Secuelas del enfado, no hay duda, pensó Meirelles, al ver el mutismo persistente de la hija. O la enfadada es sólo ella, porque él me parece festivo.

Luiz Negreiros efectivamente se deshacía todo en apapachos, mimos y cortesías con la mujer, que ni siquiera lo miraba. El marido deseaba que su suegro se fuera, deseoso de quedarse a solas con su mujer, para recibir la explicación última que reconciliaría los ánimos. Clarita no parecía desearlo; comió poco y dos o tres veces le salió del pecho un suspiro.

Se puede ver que la cena, por mayores que fueran los esfuerzos no podía ser como en los otros días. Meirelles sobretodo se encontraba tímido. No era que temiera algún fatal acontecimiento en la casa, su idea es que sin enfados no se aprecia la felicidad, como sin tempestad no se aprecia el buen tiempo. Estas eran sus ideas. Sin embargo, la tristeza de la hija siempre le colocaba nervioso.

Cuando vino el café Meirelles propuso que fueran los tres al teatro; Luiz Negreiros aceptó la idea con entusiasmo. Clarita recusó secamente.

—No te entiendo hoy, Clarita —dijo el padre de un modo impaciente—. —Tu marido está alegre y tú pareces deprimida y preocupada. ¿Qué tienes? —Clarita no contestó—; Luiz Negreiros, sin saber qué decir, tomó la decisión de hacer bolitas con

las migas del pan que había sobre la mesa. Meirelles levantó los hombros.

—Ustedes se entienden —dijo él—. —Si mañana, a pesar de ser el día que es, ustedes están del mismo modo, prometo que ni mi sombra verán.

—¡Oh! Vendrá —iba diciendo Luiz Negreiros, pero fue interrumpido por la mujer que se puso a llorar—.

La cena acabó triste y aburrida. Meirelles pidió al yerno que le explicara lo que era todo esto, y éste prometió que se lo diría en una ocasión oportuna.

Poco después salía el padre de Clarita protestando de nuevo que, si al día siguiente los encontraba de la misma forma, nunca más volvería a su casa, y si había algo peor que una cena fría o recalentada era una cena mal digerida. Otras muchas cosas más dijo el suegro de Luiz Negreiros, pero como no interesan a la historia, las dejo de referir en esta ocasión.

Clarita se fue a su habitación; el marido, luego que se despidió del suegro, fue con ella. La encontró sentada en la cama, con la cabeza sobre una almohada, y sollozando. Luiz Negreiros se arrodilló frente a ella y le tomó una de las manos.

—Clarita —dijo él—, me perdonas por todo. Ya tengo la explicación del reloj; si tu padre no me hubiera hablado de venir a cenar mañana, yo sería incapaz de adivinar que el reloj es un regalo de cumpleaños que tú me hacías.

No me atrevo a describir el soberbio gesto de indignación de la chica, que se puso de pie cuando oyó estas palabras del marido. Luiz Negreiros la miró sin comprender nada. La chica no dijo ni

una ni dos; salió del cuarto y dejó a su infeliz compañero más perplejo que nunca.

—¿Pero qué enigma es este? —Se preguntaba a sí mismo Luiz Negreiros—. Pero, entonces si no es un regalo de cumpleaños, ¿qué explicación puede tener este reloj?

La situación era la misma que antes de la cena. Luiz Negreiros se propuso descubrir todo en esta misma noche. Pensó, sin embargo, que era conveniente reflexionar maduramente sobre el caso, y tomar una decisión que fuera decisiva.

Con este propósito se fue a su oficina, y allí recordó todo lo que había pasado desde que llegó a su casa. Sopesó fríamente todas las razones, todos los incidentes, y procuró reproducir en la memoria la expresión del rostro de la muchacha en toda aquella tarde. El gesto de indignación y rechazo cuando él la fue a abrazar al cuarto de costura, eran a favor de ella; pero, el movimiento con que mordiera sus labios al momento en que él le presentó el reloj, las lágrimas que le brotaron en la mesa y más allá de todo el silencio que ella conservaba al respecto de la procedencia del fatal objeto, todo esto iba en contra de la muchacha.

Luiz Negreiros, después de reflexionar mucho, mucho, se inclinó a la más triste y deplorable de las hipótesis. Abrió su escritorio y sacó de un cajón secreto un revólver de seis tiros. Estaba cargado. Lo metió en el bolsillo y fue con la mujer.

Clarita se dirigió de nuevo al cuarto. La puerta estaba un poco cerrada. Eran las nueve de la noche. Una pequeña lamparita apenas alumbraba la habitación.

La chica estaba otra vez sentada en la cama, pero ya no lloraba; tenía los ojos fijos en el piso.

Ni los levantó cuando sintió entrar el marido.

Hubo un momento de silencio.

Luiz Negreiros fue el primero que habló.

—Clarita —dijo él— este momento es solemne. ¿Contestarás lo que te pregunto desde esta tarde?

La muchacha no contestó.

—Reflexiona bien, Clarita —continuó el marido—. Puedes arriesgar tu vida.

La muchacha levantó los hombros.

Una nube pasó por los ojos de Luiz Negreiros. Dentro de algunos segundos, tenía Clarita frente a sí el revólver con que el marido le apuntaba hacia el pecho.

Clarita soltó un grito.

—¡Espera! —dijo ella.

Luiz Negreiros bajó el arma.

—Mátame —dijo ella— pero lee esto primero. Cuando esta carta llegó a tu oficina, ya no te encontré allí; fue lo que el mensajero me dijo.

Luiz Negreiros recibió la carta; se aproximó de la lamparita y leyó estas líneas:

*“Mi bebé. Sé que mañana es tu cumpleaños; te mando este recuerdo. Tu Zepherina.”*

Imagínese el lector el asombro, la vergüenza, el remordimiento de Luiz Negreiros, admire la constancia de Clarita y la venganza que había tomado, para de ninguna manera lastimar a la buena de Zepherina, que quedó totalmente olvidada, con Luiz Negreiros siendo perdonado, y teniendo Meirelles el gusto de cenar con su hija y su yerno al día siguiente.



Manuel Payno. Nació en Nueva España (hoy México) en 1810. Combatió en la guerra de 1847 cuando Estados Unidos invadió el territorio mexicano; fue también ministro de Hacienda en algunas administraciones de gobierno. Escribió poesía, pero sus producciones literarias de mayor envergadura fueron las novelas por entregas, entre las que destacan: *El fístol del diablo* (1845-1846) y *Los bandidos de Río Frío* (1889-1891). La obra de Payno tuvo una fuerte influencia del romanticismo, principalmente, aunque también pueden encontrarse en ella rasgos del realismo y el naturalismo. Murió en 1894.

# El baile de Máscara

95

Yo [Manuel Payno], “Variedades. El baile de máscara”, en *El Siglo Diez y Nueve*, año i, núm. 129, trim. ii (13 de febrero de 1842), p. 3.



## I

Una pieza sucia, estrecha, con una candileja opaca y seis o siete figuras escuálidas y mediatundas, es la imagen de la vida ordinaria, sembrada de pesares, falta de luz, melancólica. Es la realidad.

Un salón alumbrado por numerosas arañas y candelabros, un salón donde bullen mil imágenes animadas, donde la seda, el terciopelo y los brocados relucen a la claridad de las bujías, donde todo es animación y movimiento, es la imagen de esos momentos que hay en la vida, en los cuales el corazón rebosa de esperanzas, y la mente de halagüeños pensamientos. Es la ilusión. Y ¿qué otra cosa son las dichas de la vida más que una ilusión efímera, volátil, superficial, como lo es la de un salón de máscaras? Mas sea lo que fuere, el incentivo de la curiosidad, la alegría general, el panorama que presentan los dominós, los moros, los romanos, los caballeros cruzados, etcétera, la abundancia de luz, los calzados blancos de las damas, los brazos

torneados, los diamantes fulgurando en unos cuellos mórbidos y en unos dedos pequeñitos y redondos, las caretas mintiendo un peregrino rostro, la costumbre, en fin, de entregarse en los tres días del carnaval a la diversión, a las aventuras, a los lances amorosos, completa enteramente la ilusión; y aunque nuestro teatro no tuvo ninguna clase de adorno, se comprende entonces bien el encanto de un baile de máscaras en la antigua Venecia, y aún hoy en algunas otras partes de Italia.

En el Teatro Principal de México se formó un salón igualando el piso del patio al del foro, con un pavimento de madera según se había hecho otros años. El alumbrado fue de esperma, y los palcos no tuvieron más adorno que el de las hermosuras que concurrieron a ellos, ataviadas con el lujo y gusto tan común ya en las mexicanas. Al derredor del salón había colocadas sillas, y en ellas sentadas todas las máscaras del sexo femenino, y los masculinos, con máscara y sin ella, llenaban el salón de tal suerte, que apenas se podía bailar.

Yo, extranjero, por decirlo así a esas diversiones, por ser la primera que veo de ese género en el teatro, me quedé engentado, como suele decirse, queriendo hablar a todas las máscaras conocer a los que me hablaban, bailar, embromar, dejarme llevar de la corriente como todos; pero nada hacía, sino ir y venir, recibir sendos pisotones, hablarles con mucho respeto y atención a las máscaras, y me desesperaba al ver que allí se enamoraba por vapor, se bailaba, se empujaba y se pisaba por vapor, sí, y no cabe duda, porque todo esto se hacía con una velocidad increíble.

El bastonero tocaba al pavimento con un bastón también de máscara, pues estaba forrado en raso y engalanado con listones, y la música preludiaba un vals alemán, ¡oh!, el vals alemán ne-

cesita un apóstrofe. Es una música tan viva, tan armoniosa, tan compasada, que haría mover los pies a un difunto y alegraría al hombre más antifilarmónico del mundo: el autor o autores de esas composiciones tan bellas han hecho un verdadero servicio a los bailarines. Sigamos. El preludeo traducido al castellano quería decir: busquen compañera. En efecto, los más de los concurrentes comenzaban a dirigirse a las mascaritas sentadas. Es de notarse que las muy gruesas caían en la sospecha de viejas, y ésas afianzaban al primer compañero que se les ofrecía, y las de cuerpo esbelto, pequeños pies o blanco cuello, tenían tantos pretendientes, como un empleo de aduana marítima. Por fin, bailaban con alguno, y aquí comenzaban las f lores, y no retóricas, ni del tiempo, por cierto.

Sala, sala decía el bastonero; no obstante, tenía uno que hacer fuerza de vela para llegar al lugar donde estaban bailando, que apenas era el suficiente para dar media vuelta.

De repente un murmullo sordo, y una oleada de la gente llamó la atención. ¿Qué es eso? ¿Se pelea algún francés? ¿Se han desafiado? Nada, es un oso. ¡Ah! Veamos al oso. ¿Quién será el oso? ¡Qué calor tendrá con esas zaleas con que se ha disfrazado! El oso tiraba manotadas y mordidas, una máscara con careta de perro le ladraba, cada movimiento del oso era una oscilación de toda la concurrencia. Tocaron unas cuadrillas, el oso cayó en desuso, y se pensó en la música, en el baile y en muchas cosas más, probablemente.

## II

A poco más de media noche la concurrencia disminuyó un tanto, y el salón quedó más desahogado, y entonces pudo notarse mejor la animación y originalidad de los diálogos que tenían

lugar. Algunos máscaras insípidos y tontos apenas decían: “Ya te conozco”, y la palabra se les anudaba en la garganta; otros y otras, por el contrario, sabían la vida entera de todos, sus amores, sus campañas y su buena o mala fortuna; decían sátiras picantes y graciosas, y se confundían en la multitud dejando a uno amoscado y curioso .

Senteme en una silla fatigado de tanto vagar y mohíno porque a ninguna podía conocer. Llegó un romano y me dijo:

—Ya te conozco.

—Pocas gracias son éstas, máscara.

—Eres muy feo.

—Te agradezco la lisonja.

—¿No has hecho nada?

—Nada.

—Eres muy tonto.

—Mejor vete y déjame en paz.

El pesado, de cuyo calibre había muchos, se retiró.

A poco rato se sentó un moro junto a una valenciana y le dijo:

—No me gusta que bailes tanto con ese dominó negro. Te traje al teatro con la condición de que sólo una vez habías de bailar.

—No te conozco —respondió la valenciana—, ni sé por qué me haces esa advertencia.

—¿Conque no eres mariquita?

—¿Yo?, ni nunca lo he sido. Tú buscas a tu mujer, ¿no es verdad?

—Justamente, pero tú eres.

—¿Tu mujer tiene un lunar en la mano izquierda?

—Cabal.

—Pues mírame las manos.

La valenciana no tenía tal lunar y el moro se paró frenético, buscando a una pareja que se había desaparecido. ¡Tontería! Estarían bailando o confundidos en la multitud. La valenciana que estaba junto a mí dijo:

—¿Qué te parece esto?

—Me parece que, si tú fueras mi mujer linda mascarita, no te traería yo al baile, por temor de que te fueras a perder.

A poco se sentaron junto a mí un joven elegante y una máscara con dominó de seda blanco y encarnado con careta negra.

—Te juro mascarita —le decía el joven— que te idolatro.

—¿Y cómo si no me conoces?

—Adivino que eres muy hermosa.

—Soy vieja y fea.

—Imposible, tú eres linda.

—¿Y cómo lo sabes?

Esos ojos que brillan al través de esa careta no pueden ser de una vieja. Los ojos de las viejas no son alegres y vivarachos como los tuyos.

—Te equivocas, las viejas suelen tener el ojo más alegre que las muchachas.

—Deja las sátiras, mascarita, y dime, ya que me ves sin careta, si seré capaz de inspirarte amor, porque te confieso que yo estoy loco por ti.

—¡Loco...! ¡Qué disparate! ¿De qué te has enamorado?

—Enséñame un pie.

La mascarita sacó un pie, pequeñito con zapato verde.

—De ese pie, de tus ojos, de tu dominó, de tu careta, de todo lo que a ti pertenece estoy enamorado.

—Ja, ja, me alegro mucho: mañana te enviaré mi dominó y mi careta, y...

—Y tus pies, y tus ojos, y tus pulidas manos. Pero oígame usted seriamente. Es un tormento cruel adivinar que bajo ese dominó existe un cuerpo esbelto y bien formado, y bajo esa careta negra un rostro de ángel, y dudar y marcharse al fin sin otra utilidad que haber dicho unos cuantos requiebros que se dicen a todas las mujeres. Yo amo a usted fea o bonita, joven o anciana, enferma o con salud; yo he sentido un golpe eléctrico al tocar su mano de usted, y esto ha decidido mi suerte. Por piedad, descúbrase usted o dígame que me ama, que puedo volverla a ver

mañana, que usted no desaparecerá de mi vista como un sueño.

—Creo ya que usted me habla con seriedad.

—Déme usted su mano. En efecto, suda usted frío. Y si yo le dijera a usted que había venido aquí por verlo, por dar lugar a que me hiciera usted una declaración amorosa...

—Amo a usted sí, lo idolatro con todo mi corazón, y soy bonita, tengo dieciséis años, y mis ojos brillan y son fogosos porque su presencia de usted les da vida y luz.

—Mascarita deliciosa...

—Silencio, viene mi marido. El joven volvió la cabeza y entre tanto la mascarita se paró incorporándose sin que la viese, entre los grupos de la sala. El joven que advirtió su falta corrió desolado revisando y observando a todos, pero en vano, pues la mascarita había desaparecido, y según entiendo, no volvió a saber más de ella.

En esto se levantó un murmullo general: todos a una voz decían: “¡Qué linda aldeanita, qué pie, qué cintura! ¡Es sin duda la más hermosa del baile!” Me acerqué al grupo y vi en efecto una mascarita con un corpiño de terciopelo negro, una enaguilla hasta la rodilla de raso nácar y un calzón blanco que dejaba un poco descubierta una pierna más perfecta que la Venus de Médicis o de la Concha y podía servir de modelo a un escultor: un pie tan pulido, tan bien hecho, tan perfecto, que con dificultad podrá hallarse otro igual. Era la mascarita un dije, una miniatura, una sílfide, una Esmeralda de Víctor Hugo, una gitanilla de Cervantes. Criatura más fantástica y que presentara un conjunto más hechicero, no la he visto en mi vida, con todo y que no

dejaba verse la cara. Una multitud la seguía:

—¿Mascarita, me das el primer vals?

—Lo tengo dado.

—Pues el segundo.

—También.

—Cabal —respondía otro—. A mí me lo dio.

—No fue a ti —replicaba la aldeanita.

—Mascarita, eres encantadora: ¿Me das el placer de bailar una contradanza contigo?

—No, sino a mí, que la pedí primero.

—Para mí son las cuadrillas.

—Para mí lo tercero que se baile, sea lo que fuere.

Todos la seguían, todos le pedían algún baile y la requebraban, y ella se escabullía, y los dejaba a todos pasmados.

El baile y los diálogos y los requiebros siguieron todo el resto de la noche.

### III

A las cinco o poco más de la mañana, las luces del café de Veroli estaban ya opacas, los mozos soñolientos y mohínos. En una mesa había unos cinco o seis tomados ponches y contándose sus aventuras y conquistas.

—¿Conociste a la del dominó azul?

—Sí, era doña Teresa.

—¿Es posible? Pues buena la hice yo con decirle tantos requiebros a semejante cotorra.

—Pues más bonito me sucedió a mí. Deseoso de bailar con una francesa, porque lo hacen con cierta gracia y algo más que donaire, elegí la que me pareció más bonita, la cortejé, gasté cinco pesos en pastelitos y licor, y al fin me voy desengañando que era un hombre. Por poco no le mato.

—Y la del dominó de raso blanco y encarnado, ¿quién era?

—Quién había de ser, el picaruelo muchacho, hijo de don Telésforo.

—¡Un muchacho! Imposible.

—No cabe duda, sobre que me habló cuando se fue a desnudar.

—¿A qué horas? —serían las tres de la mañana.

—¡Canario! ¡Y yo enamorado perdido de un muchacho! Vamos, si es mano de darse un calabazazo contra la pared.

—¿Y la aldeanita del pie chiquito?

—Es una veracruzana.

—No señor, si es moreliana, y se llama Guadalupe.

—Qué, si se llama Ignacita.

—Pero ¿qué no vieron otra vestida de escocés?

—Toma si la vi. Me dijo su nombre, su casa, y tengo ya una cita con ella.

Salimos del café cuando ya la aurora alumbraba con luz melancólica los portales y las suntuosas calles, y el resplandor opaco de los faroles se iba extinguiendo. Algunos máscaras fugitivos y descarriados atravesaban las calles a largos plazos crujiéndose de frío. De la iglesia de la Profesa salían varias señoras con su cruz de ceniza en la frente. Después pasados los momentos de alegría y bullicio, el contraste llamaba la atención. Unos salían de la orgía con el vestido de mojjiganga y otros del santo templo con el recuerdo de la nada de la vida. Los unos reían y los otros meditaban. El mundo estaba simbolizado en el teatro y en la iglesia: farsa y ceniza.



FelisBeRto HeRNández. Músico y escritor nacido en Montevideo, Uruguay, en 1902. Su vida personal estuvo llena de excen-tricidades. Entre sus obras destacan: *Nadie encendía las lámparas* (1947), *La casa inundada* (1960) y *Las hortensias* (1966). Alicia Martí-nez menciona que Filisberto Hernández fundó una vanguardia propia en el mundo de las letras a la que define como “literatura del extrañamiento”, en la que lo extraño es lo normal y los valo-res convencionales de los vocablos adquieren nuevos significa-dos. Murió en 1964.

# El vestido blanco

109

Felisberto Hernández, “El vestido blanco”, en *Libro sin tapas* [1929]. Uruguay, Creative Commons Uruguay [2016], pp. 20-22.



*A María Isabel G. de Hernández*

## I

**Y**o estaba del lado de afuera del balcón. Del lado de adentro, estaban abiertas las dos hojas de la ventana y coincidían muy enfrente una de la otra. Marisa estaba parada con la espalda casi tocando una de las hojas. Pero quedó poco en esta posición porque la llamaron de adentro. Al Marisa salirse, no sentí el vacío de ella en la ventana. Al contrario. Sentí como que las hojas se habían estado mirando frente a frente y que ella había estado de más. Ella había interrumpido ese espacio simétrico llena de una cosa fija que resultaba de mirarse las dos hojas.

## II

Al poco tiempo yo ya había descubierto lo más primordial y casi lo único en el sentido de las dos hojas: las posiciones, el

placer de posiciones determinadas y el dolor de violarlas. Las posiciones de placer eran solamente dos: cuando las hojas estaban enfrentadas simétricamente y se miraban fijo, y cuando estaban totalmente cerradas y estaban juntas. Si algunas veces Marisa echaba las hojas para atrás y pasaban el límite de enfren-tarse, yo no podía dejar de tener los músculos en tensión. En ese momento creía contribuir con mi fuerza a que se cerraran lo suficiente hasta quedar en una de las posiciones de placer: una frente a la otra. De lo contrario me parecía que con el tiempo se les sumaría un odio silencioso y fijo del cual nuestra conciencia no sospechaba el resultado.

### III

Los momentos más terribles y violadores de una de las posiciones de placer ocurrían algunas noches al despedirnos. Ella amagaba a cerrar las ventanas y nunca terminaba de cerrarlas. Ignoraba esa violenta necesidad física que tenían las ventanas de estar juntas ya, pronto, cuanto antes. En el espacio oscuro que aún quedaba entre las hojas, calzaba justo la cabeza de Marisa. En la cara había una cosa inconsciente e ingenua que sonreía en la demora de despedirse. Y eso no sabía nada de esa otra cosa dura y amenazantemente imprecisa que había en la demora de cerrarse.

### IV

Una noche estaba contentísimo porque entré a visitar a Marisa.

Ella me invitó a ir al balcón. Pero tuvimos que pasar por el espacio de esos lacayos de ventanas. Y no se sabía qué pensar de esa insistente etiqueta escuálida. Parecía que pensarían algo antes de nosotros pasar y algo después de pasar. Pasamos. Al rato de estar conversando y que se me había distraído el asunto de las ventanas, sentí que me tocaban en la espalda muy despacito y como si me quisieran hipnotizar. Y al darme vuelta me encontré con las ventanas en la cara. Sentí que nos habían sepultado entre el balcón y ellas. Pensé en saltar el balcón y sacar a Marisa de allí.

## V

Una mañana estaba contentísimo porque nos habíamos casado. Pero cuando Marisa fue a abrir un roperito de dos hojas sentí el mismo problema de las ventanas, de la abertura que sobraba. Una noche Marisa estaba fuera de casa. Fui a sacar algo del roperito y en el momento de abrirlo me sentí horriblemente actor en el asunto de las hojas. Pero lo abrí. Sin querer me quedé quieto un rato. La cabeza también se me quedó quieta igual que las cosas que había en el ropero, y que un vestido blanco de Marisa que parecía Marisa sin cabeza ni brazos ni piernas.





## ARCÓN DE SECRETOS

Vestimentas y accesorios



La edición consta de dos mil ejemplares. Para su composición se utilizaron tipos de las familias *Alegreya* sobre papel bond óptico de 120 gramos, que incluye 11 ilustraciones del artista gráfico Yurex Omazkin.

Está dedicado a toda la gente que perdió la batalla frente a este virus y a sus dolientes, y a todas las personas que lo son por su vestimenta.









